

Veruntamen rursus videbo Templum sanctum tuum. ¡Ah, Señor! que los que despues de haberse apartado de vos se obstinan en huir de vuestra presencia, y que de la soberbia desesperacion del exceso de su miseria, forman razón para no desear su libertad, que estos sean abandonados de vuestra misericordia, pues la abandonan ellos mismos, parece justo: *Qui custodiunt vanitates frustra, misericordiam suam derelinquunt.* Pero yo, Señor, que por mas funestas que sean las tinieblas de la muerte en que vivo sepultado, siempre esperaré mientras me permitais invocaros: *Ego autem in voce laudis immolabo tibi;*¹ vereis que soy mucho mas fiel que antes en seguir vuestros santos caminos: si vuestra misericordiosa mano me saca del peligro, jamás retractaré las promesas que en este lugar de horror os hace mi alma penetrada de arrepentimiento: *Quæcumque vovi redam pro salute Domino.* Y lo restante de mi vida no será mas que un amargo pesar de haberos ofendido y de haberme apartado de vuestras órdenes, y un continuo cuidado de merecer con la exacta observancia de vuestros preceptos, la recompensa que prometeis á vuestros siervos fieles. Amen.

1 Ibid. et seq.



SERMON

PARA EL JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

EL RICO AVARIENTO.

Crucior in hac flamma.
Estoy atormentado en este fuego.
Luc. 16. v. 24.

¡Cuáles son, católicos, los terribles delitos que sepultaron á este infeliz en aquel abismo de tormentos y que avivan el fuego vengador que le consume? ¿Fué acaso profanador de su propio cuerpo? ¿Bañó sus manos en la sangre inocente? ¿Hizo de la viuda y del huérfano presa de sus injusticias? ¿O fué un hombre sin fe, sin rectitud, sin conciencia, ó un mónstruo de iniquidad?

Oídlo, señores, los que estais persuadidos á que una vida sosegada y pacífica, en la que nada se concede á las pasiones extremadas, pero que tampoco se niega cosa alguna

TOM. IV.—P. 17.

al amor propio, es una vida cristiana, y que todo el Evangelio consiste en no obrar mal; este réprobo que hoy sale del abismo para instruirnos, era rico, dice Jesucristo; estaba vestido de púrpura y de finísimo lino; comía con esplendor, pero no atendía, como era razón que atendiese, á las necesidades de Lázaro, que perecía de hambre á la puerta de su casa. Estos son todos sus delitos. Sería cosa inútil el buscar otros en la disolución de sus costumbres, pues no se le reprende de mas. Había adquirido grandes riquezas y disfrutaba sus comodidades. Abraham no expone otro motivo de su condenación, y sería temeridad en nosotros el atribuirle desórdenes que no refiere su historia y de los que parece le da por libre Jesucristo con su silencio; y tambien nos opondríamos en esto al intento del Salvador, trastornando el sentido y espíritu de esta historia, y destruyendo todo el fruto que el mismo Señor intenta sacar de ella.

Y á la verdad, ¿qué necesidad habia, católicos, de que Jesucristo nos abriese el abismo para que viésemos los tormentos de un lascivo, de un sacrílego ó de un público pecador? Bien sabido es que los fornicarios, los impíos y los ladrones no han de tener parte en su reino; toda la Escritura es una continua predicción de las desgracias que les están preparadas, y si hoy abre á nuestra vista el seno del infierno, es para manifestarnos un réprobo que no esperábamos y cuyo mayor pecado fué el no tener virtudes; para enseñarnos que la vida mundana por sí sola, sin pasar mas adelante y sin caer en mayores excesos, es una vida culpable en su presencia y digna del infierno y de sus llamas.

Este es el espíritu y el fin de la historia que nos refiere hoy Jesucristo, y á esta verdad, acaso la mas importante que puede tratarse en la moral cristiana, quiero reducir con piadosas reflexiones toda la série de nuestro Evan-

gelio. En la pintura que nos hace Jesucristo del rico avarento, vereis el retrato de una vida ociosa y mundana que no está acompañada de vicios ni virtudes; en la historia de su suplicio vereis su condenación y deplorable suerte, esto es, vereis explicada y condenada la inocencia del mundo. Este es todo el asunto de este discurso. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Poco importa para nuestra instrucción, católicos, el averiguar si Jesucristo quiso contarnos aquí una historia verdadera, sucedida en Jerusalem, ó si segun su costumbre, quiso solamente ocultar con parábolas la verdad de su doctrina. Que se nos represente este Señor como un pastor amoroso que corre apresurado por medio de los montes en busca de una oveja perdida, lleno de gozo por haberla hallado, y poniéndola sobre sus hombros; ó que efectivamente vaya á Samaria en busca de una pecadora, para sacarla de sus desórdenes, no despierta menos la conciencia del pecador la parábola que la historia; y así que la condenación del desgraciado rico del Evangelio sea un hecho verdadero ó figurado, no es menos cierta la verdad que con él se intenta probar, ni son menos legítimos los motivos de nuestro temor.

Habia, pues, en Jerusalem, dice Jesucristo, un hombre rico. *Homo quidam erat dives.*¹ Este parece que era su primer delito: nació feliz. *Erat dives.* Nada añade Jesucristo á esta circunstancia que la haga odiosa; no nos dice que siendo de bajo nacimiento, descendiente de alguna fa-

¹ Luc. 16. v. 46.

milia oscura, y habiendo salido de alguna de las mas pequeñas ciudades de Judá, viniese á Jerusalem pobre y necesitado de todo, y que con los mas bajos ministerios, con los mas viles tráficos, por los mas ignorados y siempre sospechosos caminos, llegase á aquella abundancia y prosperidad con que despues se dejó ver en el mundo, ni que gozase con insolencia de unos bienes que hubiese adquirido indignamente. Este no era otro Zaqueo, que hubiese levantado su monstruosa fortuna á costa de la pública miseria, que hubiese cobrado para sí los tributos debidos al César, y que despues á costa de dinero hubiese comprado su nobleza y ensalzado su bajo nacimiento con el resplandor de las dignidades y distincion de los títulos: tampoco hay motivo para sospechar que hubiese nacido de un padre avaro y ladron, y que hubiese recogido una sucesion de iniquidad: el silencio de Jesucristo le justifica en todos estos puntos. *Erat dives.* Gozaba tranquilamente del patrimonio de sus padres, libre de ambicion, exento de cuidados, lleno de placeres y tranquilidad en su casa. ¿Hay entre vosotros, católicos, alguno que posea sus riquezas con mas inocentes circunstancias? No obstante, ved el primer grado de su reprobacion: era rico, *erat dives.*

En segundo lugar, estaba vestido de púrpura y finísimo lino: *Induebatur purpura, et bysso.* Es verdad que la púrpura era una tela preciosa; pero no dice el Evangelio que en esto excediese los límites que las costumbres de aquel tiempo señalaban á su clase y nacimiento. No nos dice que no alcanzando sus bienes á sus profusiones, perjudicase con su vanidad y gastos excesivos al mercader y al oficial; ni finalmente, como dice el profeta, que su soberbia y ostentacion excediesen sus fuerzas: *Supervia ejus, et ar-*

*rogantia ejus. . . plusquam fortitudo ejus.*¹ Aun no se conocian en su siglo los desórdenes, que son tan comunes en el nuestro, en el que el lujo confunde todos los estados, en el que un poco de prosperidad es motivo de que el simple ciudadano dispute con los príncipes del pueblo, en el que al paso que las calamidades públicas aumentan las murmuraciones, parece aumentan tambien la profusion; en el que no se conocen ni los hombres por su nombre, ni las mujeres por su rostro, y en el que se tiene por modestia el no exceder los límites que ha establecido el lujo, y el conformarse con el exceso y locura de la costumbre: á este rico desgraciado no se le reprende de que tuviese fines pecaminosos en el cuidado de su adorno, ni de que le faltase aquella rectitud de intencion que tanto alegan las mujeres del mundo para justificar la indecencia y artificio de sus adornos. En una palabra, este rico vestia soberbiamente, gustaba del esplendor y de la magnificencia; en la sinagoga, donde el culto aun era sensible y material, donde se juzgaba que solamente la magnificencia del templo y el aparato de los sacrificios honraban al Señor, donde toda la majestad consistia en el exterior esplendor de las ceremonias, donde aun el mismo Dios solamente se manifestaba bajo de símbolos de grandeza y de gloria, parece que era mas digno de perdon este exceso, que el Evangelio, donde Jesucristo pobre y abatido, á un mismo tiempo ha impuesto obligacion y da ejemplo de modestia y sencillez á todos los fieles.

En tercer lugar, comia espléndidamente: *Epulabatur quotidie splendide.* Pero la ley de Moisés solamente prohibia los excesos y no mandaba aquel riguroso cuidado con los sentidos que nos ha impuesto despues la ley del Evan-

¹ Psalm. 16. v. 6.

gello. Entre las promesas hechas á los hijos de Abraham se contenian leche y miel, y así parece que tenian algun derecho á gozar de una abundancia que se les proponia como recompensa de su fidelidad. Por otra parte, se le acusa de que comia espléndidamente, pero no se le arguye de que usase de las comidas prohibidas por la ley, ni de que faltase á la observancia de los ayunos ni de las abstinencias que en ella se mandaban. No se valia del pretexto de su nacimiento, de sus riquezas y de su regalo para excusarse de aquellas rigurosas leyes. Observaba fielmente las tradiciones de sus padres, y así distinguia los tiempos y los dias; y aunque vivia entre delicias, sabia cuando era necesario afligirse con su pueblo, y á lo menos expiaba de algun modo los cotidianos deleites de su mesa con las observancias de la ley.

Es verdad que todos los dias comia con abundancia, *quotidie*; pero sus rentas alcanzaban á mantener aquellos gastos; no solo era abundante la comida, sino tambien suntuosa, *splendide*; pero no dice el Evangelio que en su mesa hubiese excesos ni desórdenes, que asistiesen á ella los impíos y libertinos, ni que se sazonasen las viandas con conversaciones impuras; tampoco dice que desde la mesa se iba al espectáculo profano para pasar el tiempo y descansar de las fatigas del banquete; que estuviese poseido del furor del juego y que fuese éste su ocupacion regular y arriesgase á una sola suerte la fortuna de sus hijos y el patrimonio de sus mayores, ni finalmente, que ocupase lo restante del dia en concurrencias peligrosas y en incentivos de las pasiones; tampoco se le reprende de culpa alguna en orden á la fe y religion de sus padres; no se preciaba de incrédulo ni hacia gala de proponer dudas escandalosas en orden á las maravillas que antiguamente habia Dios obrado en fa-

vor de su pueblo ni de sus apariciones á los patriarcas; no tenia la comun creencia por preocupacion vulgar, no inferia de la supersticion de los fariseos, de los errores de los saduceos y de las disputas y oposicion de las dos sectas que dividian la sinagoga, que no eran ciertas sus leyes y su culto y que la religion era una invencion puramente humana; ofrecia los sacrificios que estaban señalados y practicaba las abluciones de la ley; en una palabra, el Evangelio no le llama amo cruel, amigo pérfido, enemigo irreconciliable, esposo infiel, hombre soberbio, injusto, desleal; no se valia de sus riquezas para corromper la inocencia, no violaba el lecho de su prójimo, no envidiaba ni murmuraba de la prosperidad y reputacion ajena: segun el modo con que nos le pinta el Evangelio, era un hombre que comia espléndidamente, que hacia mucho gasto en Jerusalem, que vivia con tranquilidad y alegría, pero sin faltar á lo esencial de la rectitud, siendo de unas costumbres arregladas, viviendo una vida irrepreensible, y segun quiere el mundo que vivan los que tienen conveniencias; que admitia á su mesa á los ciudadanos y extranjeros; finalmente, uno de aquellos hombres á quienes alaba el siglo, á quienes exalta la voz pública, á quienes propone por modelos y á los que la misma piedad no se atreveria á condenar.

Ahora bien, católicos; os parece demasiado culpable como os le acabo de pintar, que es como en la realidad era; y si alguno hubiera dicho antes de Jesucristo que este camino guia á la perdicion y que este hombre merecia el infierno, ¿no hubiérais reclamado contra la dureza é indiscrecion de su celo? ¿no hubiérais dicho con indignacion, como en otro tiempo todo el ejército de Israel cuando condenó Saúl á su hijo Jonatás, pues en qué ha pecado? ¿Es posible que ha de morir por haber probado un poco de miel? *Ergo ne*

*Jonatas morietur?*¹ Las preocupaciones de la niñez han formado en vosotros una falsa idea de este rico; pero veamos la verdad del hecho: no añadais cosa alguna á lo que dice el Evangelio; era rico, vestia magníficamente y comia con regalo. ¿Qué excesos hallais en esto? Si yo he de juzgar por vuestras costumbres y por vuestras máximas, no solamente no le hallo tan culpable, sino que me parece virtuoso, y según la depravacion que hoy se ve en el mundo, si yo hubiera de hablar como un sábio mundano, os le pondria como modelo á quien debiérais seguir.

¿Qué es lo que continuamente decís de los que se parecen á él? Fulano vive con honor, come sus rentas con estimacion, su mesa es abundante y bien servida; en lo demás es hombre de bien, amigo fiel y tiene aquella rectitud de costumbres en que consiste la verdadera religion y la sólida virtud. No os contentais con alabarle, sino que haceis, ¡oh Dios mio! unas comparaciones que son injuriosas á la piedad de vuestros siervos; decís que de este modo es como se debe vivir en el mundo y no como N. y N., á quienes la devocion ha trastornado el entendimiento y desacreditan la verdadera virtud con ridículas extravagancias y con indiscretas singularidades. Este es el mundo, católicos, y lo que mas me hace temblar es que el único réprobo que Jesucristo nos presenta en su Evangelio, acaso seria hoy entre nosotros el mas justo.

Pero me opondeis la dureza que usó con Lázaro, y direis que á lo menos en esto no os pareceis á él. A este motivo que teneis de confianza os respondo desde luego con San Pablo que en vano repartireis todos vuestros bienes con los pobres, si no teneis en el corazon aquella caridad que

1 1. Reg. 14. v. 44.

lo cree todo, que todo lo espera, que todo lo sufre y que todo lo perdona; que no es vana, envidiosa, interesada ni sensual; si la abundancia de vuestras liberalidades no se sostiene con la santidad de vuestras costumbres, nada haceis y nada sois en la presencia de Dios: *Nihil sum*.¹ La limosna ayuda á expiar los pecados, supuesto el arrepentimiento, pero no nos justifica mientras no nos arrepentimos. Esta es una de nuestras obligaciones, pero no es la única, y aunque el faltar á ella sea hacerse culpable de todas las demás, el cumplir con ella no es observar toda la ley.

Pero por otra parte, veamos cuál es en este asunto el delito de nuestro rico avariento, y acaso os hallareis mas culpados que él. *Habia, continúa Jesucristo, un pobre llamado Lázaro, cubierto de llagas, echado á la puerta de este rico, que se contentaria con coger las migas que caian de su mesa; pero nadie queria dárselas.*² Confieso que en este modo de proceder habia un género de crueldad que se opone á todos los sentimientos de humanidad. El espectáculo de un gloton sentado á una mesa cubierta de manjares exquisitos é insensible á los trabajos de un infeliz que se pone en su presencia, cubierto de llagas y reducido á desechar las migajas para remediar el hambre que le consume, forma desde luego una oposicion monstruosa, y basta una virtud mundana para indignarse de esta barbaridad. Pero atended á todas las circunstancias y vereis que no tanto quiso Jesucristo representarnos á este rico como un monstruo de ingumanidad, cuanto como un hombre perezoso, entregado á sus placeres y sin atender á las miserias de Lázaro; vereis que el hacer mencion de este pobre en la

1 1. Cor. 13. v. 2.

2 Luc. 16. v. 20, 21.